

Francesc Fontbona: «Subirachs», dins *Subirachs*, Sala Víctor Bailo, Zaragoza, 24 de mayo - 21 de junio, 1975

Ya no son ni su estilo ni su técnica las características más destacables de Josep María Subirachs. El artista se ha servido de ellos largo tiempo construyendo su propio lenguaje plástico hasta hacer olvidar que aquello que dice tiene una “gramática” extraordinariamente trabajada detrás. Por otra parte tampoco son sus características texturas, ni sus cuñas, ni sus más recientes imágenes en negativo, ni el juego de sus anagramas, ni su cartesianismo, ni siquiera su superación de los límites convencionales de la escultura lo que más me interesa de Subirachs.

Lo que por encima de todo caracteriza, a mi entender, a Subirachs, es que ha sido un artista siempre alejado de su torre de marfil. Fue él precisamente quién, sin demagogias, ha llevado entre nosotros el arte nuevo a la calle de una manera más constante, efectiva y absolutamente real. Ha sido él quien con mayor decisión ha dado el paso necesario de superar la etapa de experimentación en el laboratorio de la vanguardia para empezar a aplicar los resultados prácticos que toda experimentación ha de perseguir.

Subirachs es uno de los aún escasos triunfos auténticamente populares de la vanguardia; pero por otra parte es el restaurador de un concepto de escultura cuyos últimos ejemplos nuestros hay que buscarlos en el Modernismo. Con Subirachs la escultura pública ya no es la estatua más o menos convencional adosada a un muro o, cuando mucho, inserta en una hornacina, sino que, como era en la Sagrada Família, el Palau de la Música Catalana o tantos otros edificios modernistas, es un arte que se funde con la arquitectura y con las artes llamadas menores de manera íntima o, como pasaba con el Monumento al Doctor Robert de Barcelona, es a menudo en sí misma arquitectura y escultura a un tiempo.

El arte de Subirachs está en el metro, en bancos, en tiendas, en jardines. Sabedor el artista de que no hay arte más elitista que el catacumbal, no ha rehuído los encargos de las grandes entidades de la sociedad de hoy, superficies que él ha conquistado al pompierismo. El arte de Subirachs se ha convertido, pues, en lo que todo arte tiende a ser: algo normal. En este sentido Subirachs ya es un clásico, aunque, felizmente, un clásico discutido y un clásico tan seguro de sí mismo que las coordenadas de su obra oscilan entre el magno monumento conmemorativo y el cotidiano asidero de una puerta.

Las obras exhibidas en la exposición dan la dimensión “privada” de este gran artista público. No hay que hablar de ellas puesto que están a la vista. Estas palabras han tratado, pues, de suplir lo que una galería no puede reflejar de un artista como Josep María Subirachs.